

# CIEN AÑOS DESPUÉS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: LAS RELACIONES INTERNACIONALES Y LA COMPRENSIÓN DE LAS CAUSAS DE LA GUERRA Y LAS CONDICIONES DE LA PAZ

RAFAEL GRASA

Universidad Autónoma de Barcelona  
e Instituto Catalán Internacional para la Paz

Se ha convertido en un tópico señalar el carácter ambivalente de las dos grandes guerras del siglo que la norma ha denominado mundiales, pese a que tuvieron como escenario principal el continente europeo. Ambivalente, porque se suele señalar que fueron trágicas, pero, también, parteras de empeños políticos e intelectuales nuevos. Concretamente, se suele decir que la Primera Guerra Mundial fue trágica para Alemania y para Europa; la Segunda Guerra Mundial, aún lo fue mucho más, pero de ellas surgió la UE y un conjunto de instituciones que fueron claves para gestionar la «cuestión alemana», una vez que la guerra fría dejó atrás la propuesta draconiana del secretario del Tesoro estadounidense, Henry Morgenthau, «desnazificar, desgermanizar y desindustrializar», para evitar nuevos desafíos. En el caso de los empeños intelectuales, suele decirse, con razón, que el fin de la Primera Guerra Mundial trajo consigo el surgimiento de la disciplina de las Relaciones Internacionales.

Cien años después de la primera de ellas, parece interesante no sólo revisar la historiografía de la Primera Guerra Mundial, a la luz de las múltiples novedades aparecidas a raíz de la conmemoración, algo a lo que haré breves referencias, sino ocuparse de dos temas centrales, el estado de la disciplina de las Relaciones Internacionales ya cerca del centenario de su nacimiento, al fin de la guerra, y, en particular, los cambios acaecidos en la concepción, naturaleza, ubicación y pautas de los conflictos armados. La razón, las Relaciones Internacionales surgieron como veremos al transmutarse un anhelo social (nunca más el flagelo de la guerra) en un empeño intelectual, conocer las causas de las guerras para establecer las condiciones de la paz.

Ello explica la estructura del texto. En primer lugar, nos ocuparemos brevemente de algunos elementos centrales de la Primera Guerra Mundial y de cómo influyeron en el surgimiento de las Relaciones Internacionales, recordando los rasgos básicos del nacimiento de ese empeño. En segundo lugar, expondremos

los principales cambios en curso en la disciplina en el momento presente. Y en tercero nos ocuparemos de los cambios acaecidos en la naturaleza de los conflictos armados y su impacto actual en la disciplina. Acabaremos con una breve conclusión.

#### LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: EL DEBATE SOBRE SUS CAUSAS Y EL SURGIMIENTO DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

La Primera Guerra Mundial destruyó imperios, creó numerosos estados-nación, alentó movimientos independentistas en las colonias europeas de la mano del principio de autodeterminación, generó nuevas ideas y principios (seguridad colectiva), creó nuevas instituciones (Sociedad de Naciones, Organización Internacional del Trabajo), forzó a los Estados Unidos de Norteamérica a devenir —aunque no totalmente hasta la década de los cuarenta del siglo— una potencia mundial, y, adicionalmente, estuvo presente en la creación y consolidación de la Unión Soviética y en el ascenso del nazismo. Tuvo, también, un importante impacto en los movimientos sociales y sindicales, precipitando el fin de la I Internacional y las crisis y divisiones posteriores en la II, y marcó el renacer del pacifismo y de los movimientos utópicos. Por otro lado, las alianzas diplomáticas y las promesas hechas durante la contienda, en particular relativas a Oriente Medio y Próximo Oriente, quedaron atrás, así como, al menos en parte, el enfoque del equilibrio del poder como sistema de gestión de las relaciones internacionales que había surgido con el Congreso de Viena (1815).

Por otro lado, esos cuatro largos años de contienda, con una prolongada guerra de trincheras, tuvieron un impacto muy negativo en cuanto a víctimas, arrasando con una generación de europeos: Rusia y Alemania perdieron dos millones de personas cada una; Francia, unos 1,7 millones; el Reino Unido, unos 700.000, además de 250.000 víctimas de soldados coloniales de India, Nueva Zelanda, Australia y Canadá; Estados Unidos de Norteamérica, que entró muy tarde en la guerra, unos 57.000.

En suma, la Primera Guerra Mundial fue el acontecimiento que más impacto ha tenido en la configuración del siglo XX, el siglo más letal —y más corto, en sentido historiográfico— de la historia de la humanidad, de acuerdo con Hobsbawm. No en vano George Kennan se refirió a ella como la «gran catástrofe seminal» del siglo XX, habida cuenta de que llevó a otras catástrofes. Y, más allá de la anécdota que señala que su «causa» (en realidad, su desencadenante, que incidió en causas estructurales y aceleradoras) fue el asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando a manos de un serbio nacionalista

el 28 de junio de 1914, los académicos, en particular los historiadores, han realizado búsquedas incesantes para entender las causas del estallido, su larga duración, sus consecuencias e impactos.

El centenario ha motivado la aparición de numerosos ensayos, que se han añadido a una bibliografía ya muy vasta, poco novedosa en cuanto a los detalles y anécdotas tras el asesinato del archiduque y el ulterior ultimátum austro-húngaro a Serbia, y mucho más centrada en ofrecer nuevas narrativas y mejores análisis de las toneladas de documentos, en particular, desclasificados y ofrecidos por las cancillerías y gobiernos implicados en la guerra. Me referiré brevemente a algunos de ellos,<sup>1</sup> que, además de ofrecer esas nuevas narrativas y versiones genéricas, repasan el debate historiográfico sobre las causas estructurales, últimas, de la guerra, al principio muy centrados en factores como la militarización, las prácticas diplomáticas secretas y obsoletas y la propia organización del sistema internacional. No obstante, a partir de los años sesenta ganó peso la tesis del historiador alemán Fritz Fischer, que insistió en que su país fue responsable por haberse embarcado en una premeditada guerra de agresión, lo que planteaba el tema de las culpabilidades de las naciones implicadas. Todo eso, incluyendo un sugerente ensayo de Volker Berghahn sobre las ideas de Fischer, puede seguirse en la impresionante recopilación de ensayos de la historia de la contienda de Cambridge (véase nota 1, compilación de Winter).

Para un lector, como yo, habituado al debate en las Relaciones Internacionales sobre las causas sistémicas de las guerras, sorprende que en todos los libros consultados, el interés de los análisis sobre los teóricos de las relaciones internacionales de la guerra es nulo, o al menos poco significativo. O sea, no encontraremos casi nada sobre las especulaciones acerca de si el sistema internacional sería más pacífico en versión bilateral o multilateral, sobre los méritos y deméritos del equilibrio del poder versus versiones reformistas del ejercicio

---

<sup>1</sup> He elegido los siguientes: CLARK, CH., *How Europe Went to War in 1914*, Londres, Harper, 2013; HASTINGS, M., *Catastrophe 1914. Europe goes to War*. Nueva York, Knopf, 2013; MACMILLAN, M., *The War that Ended peace: The Road to 1914*, Nueva York, Random House, 2013; MCMEEKIN, S., *July 1914: Countdown to War*, Nueva York, Basic Books, 2013; MULLIGAN, W., *The Great War for Peace*, Yale, Yale UP, 2014; OTTE, TH., *July Crisis: The World's Descent Into War, Summer 1914*, Cambridge, Cambridge UP, 2014; WINTER, J. (editor), *The Cambridge History of the First World War. Vol 1, Global War*, Cambridge, Cambridge UP, 2014. La selección, que no pretende ser exhaustiva, se basa en la importancia dada a las causas y al hecho de que hayan tenido una buena recepción: no están todos los publicados, pero en cualquier caso éstos han sido textos destacados y muy comentados desde su publicación hasta el presente.

del mismo, o temas semejantes. Y tampoco encontraremos casi nada sobre el impacto del dilema de seguridad en el sistema internacional y su influencia negativa, acentuadora de las guerras.

En general, poco interés por las explicaciones estructurales: Otte las recoge, pero sostiene que no confía en ellas; se presta mucha más atención a la agencia (capacidad de actuar, en el sentido del término latino) que a la estructura. Así, como ejemplo, Macmillan insiste en muchos momentos de su interesante, y ya célebre libro, que los políticos de la época tenían opciones, que siempre las hay, incluso al elegir entre ir a la guerra o no, y que se equivocan los que hablan de determinismo entre junio y agosto de 1914.

De hecho, una de los hallazgos más interesantes de esta nueva oleada historiográfica es la insistencia en la incapacidad de los líderes de la época de prever las consecuencias trágicas de la contienda, de atisbar el horror que iba a advenir con la guerra, un rasgo que Macmillan captura brillantemente hablando de ellos como «sleepwalkers», como caminantes ensimismados o dormidos, incapaces de ver y prever el impacto de sus actos al estar cegados por sus sueños. En suma, ensimismados en sus sueños o no, lo cierto es que los líderes no fueron conscientes de las consecuencias de sus decisiones, negándose a proyectar hacia el futuro sus decisiones en el presente.

Por tanto, los libros que comento plantean una vez más el debate entre las decisiones individuales, en las que todos ellos inciden, y la influencia del contexto. Conviene no olvidar al respecto, como muestra Otte, que en cualquier caso las decisiones no procedían de la improvisación: existían obligaciones vinculantes derivadas de las alianzas, planes de guerra y normas establecidas sobre cómo gestionar la crisis, en concreto la relacionada con la debilidad de los procedimientos del viejo orden, crecientemente desafiados por el impacto combinado de las rebeliones internas, los cambios en la estructura del poder y el creciente impacto de los movimientos nacionalistas. En síntesis, si bien las decisiones individuales cuentan, el margen de maniobra de las mismas está condicionado, nunca totalmente determinado, por los factores estructurales. Lo que nos muestran estos textos es que la explicación de la Primera Guerra Mundial sigue siendo, con diferencias significativas entre autores, una combinación de una relación intrincada de factores sistémicos con una serie de decisiones individuales, que se pueden explicar por factores caracteriológicos, especificidades formativas y culturas nacionales/individuales, sin olvidar el azar.

Otro gran tema presente en la nueva literatura comentada es el análisis de las razones de la larga duración de la guerra, algo que se mezcla con la importancia de la cultura ofensiva de la época: las élites creían que una guerra, pese

a ser muy costosa, sería rápida y con batallas decisivas, que permitirían un ajuste a las realidades en tensión y por tanto una nueva estabilidad (véase por ejemplo el texto de McMeekin). Los textos mantienen, con matices, que si bien la guerra no era inevitable, puesto que había opciones, su duración, sí, merced a las grandes defensas de los contendientes, a los errores de las estrategias y sobre todo de su implementación, así como al escaso atractivo de las diferentes propuestas de negociación acumuladas y a la convicción de que sólo la victoria compensaría los sacrificios y enormes pérdidas sufridas.

Un último tema presente, entre otros muchos que dejo de lado, en los libros comentados es el papel de las motivaciones idealistas, las visiones de la paz futura (véase en concreto el texto de Mulligan). Es sabido que quien mejor lo expresó fue H.G. Wells, novelista y futurista, firme convencido durante años de la necesidad de un gobierno mundial para acabar con las guerras, que, al estallar la Primera, la saludó como «la guerra que acabaría con la guerra», habida cuenta, sostenía, que una vez derrotada Alemania y sus ideas perversas, reinaría el sentido común y por ende la paz.

Y eso es justamente lo que encontramos en los fundamentos político-ideológicos del doble movimiento que pone fin a la guerra, los 14 puntos del Presidente Wilson que servirán de base al inicio de las negociaciones de Versalles y París (más que al resultado final) y la creación de las Relaciones Internacionales como disciplina en los dos países que salen como vencedores y arquitectos del nuevo sistema internacional, Reino Unido y Estados Unidos de Norteamérica.

Respecto de los fundamentos para la negociación, la nueva bibliografía ha mostrado claramente que los contendientes buscaron paz, se comprometieron con el desarme y con una nueva organización internacional que, por citar el último de los 14 puntos de Wilson, «garantizara la independencia política y la integridad territorial por igual a los grandes y pequeños estados», unas ideas en las que está presente Jane Adams, fundadora de la Women's International League for Peace and Freedom (WILPF).<sup>2</sup> Y la puesta en marcha fue vertiginosa: hacia 1920, parte de esas ideas habían sido adoptadas; en 1925, con el Pacto de

---

<sup>2</sup> Vid. al respecto, entre otras publicaciones: HYMAN ALONSO, H., *Peace as a Women's Issue: A History of the U.S. Movement for World Peace and Women's Rights*, Syracuse, Syracuse University Press, 1993; BUSSEY, G. y TIMS, M., *Pioneers for Peace: Women's International League for Peace and Freedom 1915-1965*, Oxford: Alden Press, 1980; FOSTER, C.A., *The Women and the Warriors: The U.S. Section of the Women's International League for Peace and Freedom, 1915-194.*, Syracuse, Syracuse University Press, 1995; FOSTER, C., *Women for All Seasons: The Story of the Women's International League for Peace and Freedom*. Athens, University of Georgia Press, 1989; SNOWDEN, E., *A Political Pilgrim in Europe*, New

Locarno, las nuevas fronteras de Europa eran una realidad; y en 1928, el Pacto Briand-Kellogg, suponía la renuncia a la guerra como instrumento de política y de gestión de las relaciones internacionales. Poco después, el crash del 29, el ascenso del nazismo y del fascismo, el regreso de las políticas proteccionistas y la renacionalización de las políticas exteriores y la carrera de armamentos entre Alemania y el Reino Unido, dieron al traste con esas esperanzas. En suma, en lo que se ha denominado la crisis de los veinte años (E.H. Carr), de 1919 a 1939, se pasó de la esperanza a la Segunda Guerra Mundial, algo que realistas recalcitrantes imputaron al idealismo de los acuerdos de paz de 1919 y 1920, y a su correlato en el pensamiento dominante en la naciente disciplina de las Relaciones Internacionales.

Al final, la Primera Guerra Mundial no acabó con todas las guerras, como muestran los trabajos comentados. Por ello, en palabras de Lawrence Freedman, «la lección de 1914 es que no hay lecciones seguras (...) y aunque siempre hay opciones, el mejor consejo para los gobiernos que se derivan de lo acontecido en 1914 es establecerlas y decidirlas de forma cuidadosa: siendo claro respecto de los intereses básicos, contando con la mejor información, explorando las oportunidades para los acuerdos pacíficos y tratando los planes militares con escepticismo».<sup>3</sup> Un consejo, como veremos, que podría extenderse al balance de la disciplina desde su surgimiento y evolución, en paralelo a los acuerdos de Versalles y de París.

¿Qué decir entonces del surgimiento de la disciplina de las Relaciones Internacionales, parcialmente paralelo y luego posterior al fin de la Primera Guerra Mundial? Mucho se ha escrito sobre ello, con buenos trabajos en la literatura española,<sup>4</sup> por lo que me limitaré a señalar las características básicas de la disciplina y su relación con el espíritu y contexto que va de 1919 a 1928, antes señalado.

La primera característica de las Relaciones Internacionales, ya desde su nacimiento, de hecho a causa de su nacimiento, es su empeño práctico y normativo, vinculado con la comprensión de las causas de las guerras para ayudar a evitarlas. Las consecuencias terribles de la Primera Guerra Mundial impulsaron un movimiento en pro de la búsqueda de soluciones para acabar con las guerras,

---

York: George H. Doran, 1921, y WILTSHER, A., *Most dangerous women: feminist peace campaigners of the Great War*. Londres, Pandora Press, 1985.

<sup>3</sup> FREEDMAN, L., «The War that didn't end all wars. What started in 1914 and why it lasted so long», *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre 2014.

<sup>4</sup> Señalaremos, TRUYOL, A., *La sociedad internacional*, Madrid, Alianza, 2006; MEDINA, M., *Teoría y formación de la sociedad internacional*, Madrid, Tecnos, 1982; y, recientemente, ARENAL, C. del, *Etnocentrismo y teoría de las Relaciones Internacionales: una visión crítica*, Madrid, Tecnos, 2014.

para hacer realidad esa idea de la guerra que acabaría con las guerras. Como suele decirse, la constatación de las consecuencias de las guerras, el movimiento, popular e intelectual y también presente entre decisores políticos, en pro de su abolición, la demanda social en pro de ese fin de la guerra llevaron a la creación de instrumentos científicos para estudiarla y entenderla, justamente en los países que salieron como hegemonas, potencias hegemónicas, de la contienda. En suma, evitar la guerra era a finales de la contienda un problema social y la creación de cátedras, revistas y una disciplina científica, hizo del problema social un empeño, una tarea intelectual. Por tanto, desde el principio la disciplina, aunque centrada en el conocimiento, tuvo ese empeño normativo y práctico: conocer las causas de las guerras para establecer las condiciones de la paz. Establecerlas significaba, obviamente, lograr que los decisores políticos las asumieran y pusieran en marcha. Un rasgo aún presente y que explica la cercanía de muchos de los representantes de la disciplina, en particular en el mundo anglosajón, a los gobernantes, o al menos el afán de estar cerca de los mismos. De hecho, esa cercanía, así como una tendencia a legitimar el *statu quo* de la guerra fría por parte de numerosos autores realistas, hizo que, merced al impacto del riesgo de guerra nuclear a partir de finales de los años cincuenta, la investigación para la paz, de la mano del behaviorismo metodológico, reinventara la disciplina como un sesgo de investigación comprometida y un afán claramente científico.<sup>5</sup>

La segunda característica, propia de todo afán intelectual que surge, la obsesión por la especificidad, por delimitar el territorio, por diferenciarse de otros empeños intelectuales. Desde el principio, la disciplina apeló, con fuerza, a que su objeto de estudio, el poder internacional y las guerras, su manera de abordarlo y sus herramientas eran diferentes de la ciencia política, del derecho y de la historia diplomática. Durante mucho tiempo, casi hasta hace un par o tres de décadas, ello conllevó una distancia, querida y alimentada con fervor, del resto de las ciencias sociales. El resultado ha sido un uso diferente de los conceptos (por ejemplo, conflicto, que a menudo se consideró sinónimo de violencia y/o guerra, a diferencia del camino emprendido por las ciencias sociales a partir de mediados de los años cincuenta, con las tesis de Lewis Coser), una historiografía y una cartografía endogámica y ensimismada en las propias narrativas y en instrumentos de síntesis y explicación de la disciplina *ad hoc* (en particular, los llamados

---

<sup>5</sup> Vid. al respecto, GRASA, R., *Cincuenta años de evolución de la investigación para la paz. Tendencias y propuestas para observar, investigar y actuar*, Barcelona, Oficina de Promoción de la Pau/Generalitat de Catalunya, 2010.



«debates»), y una tendencia al autismo, al menos hasta los años ochenta, con la excepción de algunas tendencias heterodoxas (escuela inglesa, enfoques ecológicos de la política internacional, investigación para la paz, resolución interactiva de conflictos, por ejemplo). Ese ensimismamiento dará paso, como veremos, a una apertura cuasi total a partir de los últimos años de la guerra fría.

La tercera característica, el hecho de que la disciplina es intelectualmente un «condominio anglo-estadounidense», por usar la expresión de Stanley Hoffmann, que ha durado, con algunas excepciones (la llegada de politólogos e internacionalistas alemanes a Estados Unidos de Norteamérica, como Hans Morgenthau, o el papel de algunos continentales no germánicos, como Raymond Aron), hasta la década de los años ochenta, exceptuando las corrientes heterodoxas. Ello no es ajeno al papel dominante de esos dos países en el período de entreguerras y de Estados Unidos de Norteamérica a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial.

La cuarta, la sensibilidad, casi total, al contexto, al cambio de condiciones de la sociedad y del sistema internacional. Una sensibilidad extrema, que hace que a menudo se hayan confundido rasgos nuevos, epidérmicos o pasajeros, con tendencias fuertes, de largo plazo, dando lugar a debates teóricos que, pese a su fuerte presencia y acaloramiento, se han olvidado al cabo de un tiempo, como el del «transnacionalismo» de principios de los años setenta planteado por Robert Keohane y Joseph Nye.

La quinta, la proliferación, horizontal y vertical, como disciplina científica, aunque claramente cartografiable como una parte de la ciencia política. Es decir, la extensión de la disciplina a prácticamente todos los países (primero del Norte global, y, crecientemente, también del Sur global), en particular a partir de los años ochenta, la extensión o proliferación occidental, creando comunidades de conocimiento o epistémicas y diversas asociaciones profesionales. Sin olvidar la proliferación horizontal, el surgimiento de muchos enfoques y «paradigmas», algunos teóricos y otros metateóricos, y de muchos subcampos o subáreas (estudios de las causas de las guerras y de los conflictos armados, análisis de políticas exteriores, estudios de seguridad, análisis y resolución de conflictos, teoría internacional).

La sexta, un resultado escueto, aunque importante en cuanto a programas de investigación, y, sobre todo, a resultados irrefutables o claramente consolidados de los mismos. Para mostrarlo, me limitaré a contestar breve y globalmente a las tres preguntas que han estructurado la investigación sobre las causas de las guerras, un empeño compartido entre las Relaciones Internacionales y la investigación para la paz: 1) ¿Cuáles son las condiciones sin las que en modo alguno estallaría una guerra?, 2) ¿Bajo qué circunstancias se han dado o han



ocurrido con mayor frecuencia guerras? y 3) ¿De qué forma y por qué razón o razones se gestó, desencadenó o libró una guerra concreta, determinada? Hoy, las mejores respuestas siguen siendo las que se dan a la tercera, aunque, como hemos visto en el caso de la Primera Guerra Mundial y la literatura reciente, no es fácil mostrar evidencia clara de las diferentes causalidades. Sobre las dos primeras, tenemos muchos datos, observatorios y especulaciones teóricas, pero estamos lejos de saber *a priori* cuándo una causa es necesaria (imprescindible para que se dé el conflicto armado) y cuándo es suficiente (explicativa, determinante, de la ocurrencia de la guerra). Siguen faltando, como decía Freedman, lecciones seguras.

En síntesis, las Relaciones Internacionales, surgidas merced al impacto social de la Primera Guerra Mundial, se han consolidado, están presentes en las universidades de todo el mundo, y han ampliado su agenda, aunque el estudio de las causas de las guerras y de las condiciones de la paz siguen estando en el centro de la misma.

¿Qué ha sucedido con ellas cien años después de la Primera Guerra Mundial? Como veremos, el cambio del contexto internacional y de la naturaleza de las guerras, y los cambios en la agenda específica, dibujan un panorama bien diferente del que ha marcado la disciplina durante al menos siete u ocho décadas.

## LAS RELACIONES INTERNACIONALES, CIENT AÑOS DESPUÉS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: ALGUNAS ACOTACIONES

Cien años después del nacimiento de las Relaciones Internacionales como disciplina, sostenemos, las cosas son bien diferentes, ahora que ya sería poco apropiado hablar de «disciplina joven». Sus rasgos definitorios han cambiado claramente, en particular en lo relativo al ensimismamiento, la endogamia, el alejamiento de las ciencias sociales, el predominio occidental y anglosajón, la cartografía endógena, entre otros. Veámoslo.

Primero, se ha producido un «des-ensimismamiento» de las Relaciones Internacionales, del doble *ensimismamiento* por parte de la teoría de las relaciones internacionales.<sup>6</sup> Por un lado, se ha acabado casi totalmente, aunque persisten algunos autores recalcitrantes y residuales, la consideración del empeño científico de las

---

<sup>6</sup> GRASA R., «La reestructuración de la teoría de las Relaciones Internacionales en la posguerra fría: el realismo y el desafío del liberalismo neoinstitucional», en *Cursos de Derecho Internacional y de Relaciones Internacionales de Vitoria-Gasteiz 1996*, Madrid, Tecnos/UPV,

Relaciones Internacionales como algo ajeno al conjunto de las ciencias sociales, arguyendo que la naturaleza y ejercicio del poder en la esfera internacional poco o nada tenía que ver con la naturaleza y ejercicio del poder en la esfera interna. Actualmente, las Relaciones Internacionales son ya una ciencia social más, con lo que han entrado todos los enfoques al uso en ciencias sociales, para lo bueno (el conflicto ya no se considera sinónimo de violencia o de guerra, sino disputa o antagonismo entre partes) y para lo menos bueno o malo (la entrada de las modas del momento).

Segundo, también ha acabado un segundo ensimismamiento: el uso de instrumentos de explicación de la evolución de la disciplina en clave endogámica y endógena, por lo general elaborados desde la corriente dominante durante décadas, el realismo político surgido de la primera obra de Carr (1939)<sup>7</sup> y de la de Hans Morgenthau.<sup>8</sup> Se trataba de instrumentos poco sofisticados y poco explicativos, en particular lo relativo «a los debates»,<sup>9</sup> corregido en el terreno metateórico<sup>10</sup> por alusiones fructíferas a «imágenes»<sup>11</sup> o «tradiciones».<sup>12</sup> Actualmente se usan profusamente en la disciplina marcos explicativos diferentes para reconstruir la evolución teórica y metateórica de la disciplina. Por ejemplo, el propuesto para la física por Gerard Holton,<sup>13</sup> posteriormente recuperado para hablar del «tercer debate»

1997, pp. 103-147. Vid. también GRASA, R. y COSTA, O., *Where Has the Old Debate Gone? Realism, Institutionalism and IR Theory*, IBEI Working Papers, Barcelona, 2007, n.º 5.

<sup>7</sup> Aludo a CARR, E.H., *The Twenty years crisis' crisis 1919-1939*, Londres, Macmillan 1939 (existe edición castellana de editorial La catarata), que se ha considerado el inicio del realismo moderno, en particular por la crítica a lo que el libro llama «pensamiento utópico», en referencia al liberalismo dominante al surgir la disciplina. Menos conocido, empero, es la secuela del texto, un nuevo libro de CARR, *Conditions of Peace*, New York, Macmillan, 1942, donde modifica parte de sus tesis y defiende posiciones muy cercanas al liberalismo.

<sup>8</sup> Vid. MORGENTHAU, H., *Politics Among Nations. The Struggle for Power and Peace*, Chicago, Phoenix Books, 1960.

<sup>9</sup> Vid. al respecto GRASA 1997 y GRASA/COSTA 2007, ya citado, donde el tema se trata con detalle y se propone una alternativa.

<sup>10</sup> Es decir, asunciones metafísicas, ontológicas e incluso epistemológicas que conforman la urdimbre explicativa de la teoría, asunciones que se dan por descontadas y, que, en muchos casos, no siempre son explícitas. Coinciden con lo que luego llamaremos eje temático.

<sup>11</sup> WALTZ, K., *Man, State and War: A Theoretical Analysis*, New York, Columbia U.P., 1959.

<sup>12</sup> WHIGTH, M., *International Theory: Three Traditions*, Leicester, Leicester U.P., 1991. Vid., desde la óptica española, ARENAL, C. del, *Introducción a las Relaciones Internacionales*, Madrid, Tecnos, 2007 y Esther Barbé, *Relaciones Internacionales*, Madrid, Tecnos, 2011.

<sup>13</sup> Vid., respectivamente, HOLTON, G., *Thematic Origins on Scientific Thought: Kepler to Einstein*, Cambridge, Harvard UP, 1973; y también HOLTON, G., «On the Role of Thematic in Scientific Thought», *Science*, n.º 188, 25 de abril, 1977, pp. 328-334.

en Relaciones Internacionales por Yosef Lapid<sup>14</sup> y luego utilizado como elemento fundamental de una nueva propuesta cartográfica en las contribuciones ya citadas de Grasa y Costa.

Concretamente, la propuesta distingue tres tipos de argumentaciones diferentes al contrastar discursos y teorías científicas, que se diferencian por las asunciones de partida y por su manera de evaluarlas y aquilatarlas como herramientas explicativas. El primero, el eje temático, incluye las asunciones generales sobre la realidad, las premisas ontológicas e identitarias que filtran la aproximación teórica, es decir, lo que cada teoría da por descontado. Dicho de otra forma, enunciados o aserciones que explican poco, pero defienden y demarcan mucho porque marcan territorio y, por ende, tienen naturaleza definitoria, demarcatoria y metateórica. Por ello, en el sentido del enfoque paradigmático que inauguraron en los años setenta Kuhn y Lakatos, dos aproximaciones temáticas son inconmensurables, imposibles de contrastar, puesto que la justificación parte de presupuestos y preferencias subjetivas que se dan por autoevidentes y descontadas. Vamos, lo mismo que sucede cuando se pide a alguien que explique las razones en las que basa su preferencia por uno u otro equipo de fútbol, como hincha independientemente del juego concreto que despliegan.

El segundo eje, el analítico, establece e incluye las grandes hipótesis, las pautas explicativas y los modelos teóricos. Dicho de otra forma, tiene básicamente utilidad para el análisis, al explicitar lo que es digno de ser investigado, la agenda de investigación: cómo y de qué forma afrontar y explicar la realidad. Naturalmente, asunciones compartidas en el eje temático pueden dar lugar a diferentes enfoques o aproximaciones en el eje analítico, merced al debate interno, al impacto de otras ciencias y, naturalmente, a la influencias del contexto, de la realidad y de las ideas. El tercer eje, el fenoménico, es el menos libre —es decir, el que presenta menos capacidad de elección de los tres—, al estar vinculado a la realidad concreta, al contenido empírico de las teorías, es decir, a los hechos y fenómenos que deben estudiarse, y, naturalmente, a su contexto. Dicho de forma sucinta, el eje analítico y fenoménico forman parte de la dimensión pública, institucionalizada, del quehacer científico y pueden compararse y contrastarse, mientras que el eje temático a menudo está vinculado a motivaciones pasionales, a menudo poco racionales y difícilmente contrastables en términos de racionalidad. Volveremos sobre ello.

Tercero, existen otros enfoques y herramientas, fecundos, entre ellos los enfoques que buscan, siguiendo los trabajos de Foucault o los trabajos de Said sobre

---

<sup>14</sup> LAPID, Y., «The third debate: on the prospects of International theory in post-positivist era», *International Studies Quarterly*, vol. 33, n.º 3, 1991, pp. 234-254.

el orientalismo, establecer la genealogía y los valores específicos de los conceptos y propuestas teóricas. De esa forma, se ha mostrado el carácter etnocéntrico, y basado en el contexto occidental, de la disciplina, como muestra la reciente y ya citada obra de Celestino del Arenal. Otras herramientas se dedican a de-construir o aclarar (a la manera del segundo Wittgenstein), los usos atípicos de algunas expresiones que se usan en Relaciones Internacionales. Por ejemplo, el uso confuso desde los años ochenta de la etiqueta «neoliberalismo institucional», una expresión que mezcla dos componentes diferentes: uno específicamente relacionado con las grandes tradiciones de las relaciones internacionales, el «liberalismo» que surge tras la Primera Guerra Mundial; y otro mucho más moderno, el «institucionalismo», que alude a debates intraparadigmáticos de los años ochenta. Todo ello genera un uso polisémico y confuso de la expresión que olvida que antes del institucionalismo y del neo-institucionalismo, popular en los años ochenta tras el célebre artículo de March y Olsen,<sup>15</sup> el pensamiento internacional estuvo muy influido por el liberalismo, una tradición que se remonta al siglo XVI y XVIII, en la que destacan referentes como Locke, Stuart Mill, Kant, Norman Angell o el presidente estadounidense Woodrow Wilson y sus mencionados 14 puntos, la base de las negociaciones al final de la Primera Guerra Mundial. Ello además ha permitido, en particular tras el fin inesperado de la guerra fría para el realismo dominante, recuperar el pensamiento liberal, dejando de lado la etiqueta «utopista» o «idealista» que le colocó el pensamiento realista.

Cuarto, la disciplina ha dejado de ser un condominio anglo-estadounidense, con crecientes centros de creación de pensamiento en otras zonas de Europa, Asia y América Latina, ampliándose la proliferación horizontal y vertical. Destaca la aparición de una rica veta de enfoques metateóricos y teóricos «reflectivistas», frente a los racionalistas dominantes durante décadas, es decir de enfoques que reflexionan críticamente sobre las asunciones de partida de la disciplina y su dependencia del contexto de cambio de sistema del oligopolio del poder o «concierto de naciones» al derivado del fin de la Primera Guerra Mundial. Entre ellas destacan enfoques feministas, de teoría crítica, post-estructurales, post-coloniales y diversas tendencias de constructivismo metodológico.

Y finalmente, y en quinto lugar, estamos, tras el fin de la guerra fría en un nuevo contexto, que difiere mucho del que vio nacer hace un siglo la disciplina. Los cambios derivados del fin de la guerra fría, acelerados por la crisis económica iniciada en julio de 2007, generan nuevos contextos y nuevos retos en el sistema

---

<sup>15</sup> MARCH, J.G. y OLSEN J. P.O., «The New Institutionalism: Organizational Factors in Political Life», *American Political Science Review*, 1984, vol. 78, pp. 738-749.

internacional, al transformarse la agenda, los actores y las interacciones de conflicto y de cooperación que se dan en las relaciones internacionales. Y ello se ha producido tras una «*eighty years' crisis*», una crisis de los años ochenta, al acabar la guerra fría. De eso se ocupó, ya hace años un excelente número de la *Review of International Studies* de 1998 y luego devenido libro,<sup>16</sup> que relejó el texto de Carr y el estado de la disciplina y de la realidad internacional, a partir de la constatación de que muchos de los argumentos, temas y dilemas tratados en el libro de Carr son pertinentes para «la teoría y la práctica de la política internacional de nuestros días»,<sup>17</sup> razón por la que no sólo se tomó prestado el título del libro de 1939 sino que el de 1998 se estructuró a partir de los títulos de los capítulos y grandes secciones del libro de Carr.<sup>18</sup>

Hoy aún está más claro: estamos asistiendo a la progresiva sustitución de un sistema internacional clásico, con fronteras y reglas de funcionamiento bastante precisas, por un sistema social globalizado, en que se producen fenómenos parcialmente contradictorios a la vez: globalización, regionalización, fragmentación y localización.

Podemos resumir los ejes básicos de ese cambio, de forma sintética y a efectos del presente texto, así: a) en el centro del sistema se encuentran ahora los factores económicos, ya no los políticos; b) la concepción del poder se ha transformado, así como la distribución y difusión del mismo, a nivel de estados, regiones y de actores transnacionales y no gubernamentales; c) los países emergentes, y en general el Sur, están ganando una creciente centralidad, cuantitativa y cualitativa; d) el desarrollo, entendido ya de forma plural y no sólo como crecimiento económico, está en el centro de las preocupaciones del sistema, más que antes, junto con los nuevos

---

<sup>16</sup> DUNNE, T., COX, M., BOOTH, K. (eds.), *The Eighty Years' Crisis. International Relations 1919-1999*, Cambridge. Cambridge U.P., 1998.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. xiii

<sup>18</sup> Así, tras el prólogo e introducción, se estudian «Los inicios de una ciencia» (con estudios sobre el mito del primer gran debate, la teoría internacional durante la guerra fría o el papel de la escuela inglesa de relaciones internacionales), «La crisis internacional» (revisando realismo y utopismo, la teoría internacional tras la guerra fría o análisis «constructivistas» de índole teórica y epistemológica como la causalidad en relaciones internacionales), «La política, el poder y la moralidad» (que repasan la visión del nacionalismo ochenta años después o el papel actual de la ética en la disciplina), «El derecho y el cambio» (que, con dos magníficos trabajos, se ocupan de las condiciones de la paz y del papel de la política y de las normas en cambio pacífico) y, por último, de «Las perspectivas para un Nuevo Orden Mundial», el capítulo conclusivo en que Carr reintrodujo buena parte del utopismo, encargado a dos grandes analistas del fenómeno de la globalización, David Held y Anthony McGrew.

rostros de la pobreza y la desigualdad; e) ha surgido una nueva concepción de la seguridad —entendida como proceso multidimensional, orientada también a las personas y no sólo a las naciones—, que debe prestar atención a nuevos riesgos y peligros, como las nuevas formas o rostros de la violencia.

Adicionalmente, ha cambiado la concepción y la práctica del poder, así como su difusión y las relaciones de poder entre los actores. Por un lado, el poder fundamental procede ahora de lo que se ha llamado «poder estructural»<sup>19</sup> (la capacidad de conformar las reglas de juego) y «poder suave»<sup>20</sup> (la capacidad de persuadir, de convencer), con una clara erosión del poder «duro» (militar).

Dicho de otra forma, el poder no depende sólo, o no tanto, de lo que tienes (poder como recursos), sino de tus relaciones (poder relacional), de tu capacidad de conformar el sistema (poder estructural) y de tu capacidad de ofrecer insumos y relaciones atractivas, de interés mutuo, para otros actores (poder «suave»). Por otro, se están alterando las estructuras del poder internacional mediante la combinación de tres fenómenos, interrelacionados: 1) la debilitación progresiva, al menos en términos relativos, de las grandes potencias del Norte; 2) la creciente centralidad de potencias emergentes (BRICS, por ejemplo), con sistemas débiles de articulación entre ellas y la reformulación regional y subregional de las potencias regionales y de países con alto potencial de crecimiento; 3) la presencia de diferentes liderazgos (potencias hegemónicas y aspirantes) en las diferentes dimensiones de la vida internacional (política, militar, económica, financiera, tecnológica).<sup>21</sup>

Esos cambios de la estructura del poder internacional pueden describirse, en tanto que tendencia fuerte, como una «des-occidentalización» del mundo, con una presencia creciente —no sólo económica— del Sur y del Oriente, un trasvase del eje de gravitación de la actividad económica y del poder mundial del Atlántico al Pacífico. Existen, sin embargo, dudas acerca de si el futuro lleva hacia una situación de reparto del poder crecientemente multipolar, a un «G-2» (con Estados Unidos y China al frente) o incluso a un «G-0», un orden

---

<sup>19</sup> Aludo al concepto acuñado por STRANGE, S., *States and Markets*, Londres, Pinter, 1988.

<sup>20</sup> Ambas expresiones han sido popularizadas por Joseph Nye en diferentes títulos. *Vid.* en particular, por su presentación conceptual, *Soft Power. The Means to Success in World Politics*, Nueva York, Public Affairs, 2004.

<sup>21</sup> *Vid.* GRASA, R., «Cambio y continuidad en el sistema y la sociedad internacional: los impactos de la crisis económica y financiera», la obra colectiva, *Estados y organizaciones internacionales ante las nuevas crisis globales* (XXIII Jornadas ordinarias de la Asociación Española de Profesores de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales, AEPDIRI, celebradas en la Rioja el 10, 11 y 12 de septiembre de 2009), coordinado por José Martín y Pérez de Nanclares, 2010, págs. 459-482.

en el que ningún estado u organismo multilateral quiera o pueda gobernar el sistema.

Los cambios afectan particularmente a los dos bienes públicos básicos que deben proveer los estados, el bienestar o desarrollo y la seguridad, en particular física, de la ciudadanía. No nos ocuparemos en este contexto de los cambios relativos al desarrollo, entendido como proceso multidimensional orientado a satisfacer necesidades humanas mediante actores privados y públicos, que sigue ocupando una posición central en el sistema, concebido como un derecho humano.

Sí, empero, de los que tienen que ver con la seguridad y la gestión de la conflictividad violenta, puesto que afectan al cambio básico. Respecto de la seguridad, ha surgido una nueva concepción de la misma, entendida como proceso multidimensional que afecta a actores múltiples y no sólo a los estados, con especial incidencia sobre personas y comunidades, y que exige instrumentos y actores múltiples. Un rasgo básico de ella es el cambio de la naturaleza, ocurrencia, recurrencia y ubicación de las violencias directas, y en particular de los conflictos armados, algo que diferencia el presente contexto del de surgimiento de la disciplina y del que nos ocupamos a continuación.

## LOS CAMBIOS EN LA NATURALEZA LA SEGURIDAD Y DE LOS CONFLICTOS ARMADOS Y LAS VIOLENCIAS DIRECTAS: IMPACTO EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Hemos hablado de una nueva concepción de la seguridad, que podemos caracterizar sintéticamente así.

Se centra sobre todo en amenazas, retos y peligros que afectan a las personas, habida cuenta de la disminución de los conflictos armados y de la violencia mortal con intencionalidad política,<sup>22</sup> es decir la vinculada a los conflictos armados y al terrorismo. Han surgido, adicionalmente, nuevas facetas o manifestaciones de la violencia directa. Por un lado, la violencia homicida sin intencionalidad política directa. Por ejemplo, según datos del Informe trianual de *Global Burden of Armed Violence*,<sup>23</sup> las muertes por arma de fuego suponen

---

<sup>22</sup> Para un análisis más detallado, *vid.* GRASA, R., «Los vínculos entre seguridad, paz y desarrollo. La evolución de la seguridad humana», en *Afers Internacionals*, n.º 76, 2007, pp. 9-46 (Monográfico sobre seguridad humana coordinado por Rafael Grasa y Pol Morillas).

<sup>23</sup> Declaración de Ginebra, *Global Burden of Armed Violence 2011*. Véase <http://www.genevadeclaration.org/measurability/global-burden-of-armed-violence.html>.



un promedio de 500.000 bajas al año. Un ochenta por ciento de las mismas no se deben a violencia intencionalmente política (es decir, a conflictos armados de diferente tipo y a terrorismo), sino a otras razones (delincuencia nacional y transnacional organizada, inseguridad ciudadana, narcotráfico, bandas juveniles....). Incluso en países que solucionaron sus conflictos armados internos mediante negociaciones políticas o procesos de paz hace ya décadas, el reto que plantean estos nuevos rostros de la violencia es muy importante, como sucede en América central.

Por otro lado, la nueva concepción de la seguridad debe enfrentar un reto complejo, la proliferación de lo que se ha llamado «violencia crónica»,<sup>24</sup> un término que alude al hecho de que en algunos países la población se encuentra enfrascada en una espiral creciente de violencia social, que afecta las relaciones sociales, el desempeño de la democracia y la práctica ciudadana en la región. Estudios recientes muestran los mecanismos por los que una gama de fuerzas profundamente enraizadas estimulan y reproducen la violencia crónica, destruyen o erosionan el tejido social de comunidades y países vulnerables, hasta el punto de correrse el riesgo de que tales tendencias puedan devenir normas sociales de facto, habida cuenta de que a menudo se dan casos en que tres generaciones de personas no han conocido otro contexto vital que esa violencia crónica.

Adicionalmente, frente a lo que era la realidad fundamental del contexto de surgimiento de la disciplina, hoy observamos cambios en la naturaleza y ubicación de los conflictos armados en el mundo, con una clara disminución de los conflictos armados interestatales frente a los internos, si bien un porcentaje significativo de estos últimos se internacionalizan. Podemos resumir esos cambios así. Por un lado, si bien todos los conflictos armados han sido multicausales, en todos ellos puede singularizarse, al menos en cada etapa, un factor predominante, territorial o político. Y en la posguerra fría se observa una mayor presencia de factores políticos y un descenso de los factores territoriales. Por otro lado, la ubicación geográfica de los conflictos armados, variada y oscilatoria, ha cambiado. Hasta 1990 destaca la continuada presencia en grado alto en Asia y la escasa presencia, en tanto que conflicto armado, en Europa. En la posguerra fría, lo característico es la reaparición del continente europeo como escenario importante de conflictividad armada y la redistribución en el Sur, en particular su incremento en África y Asia y su descenso nítido y claro en América Latina.

---

<sup>24</sup> Vid. al respecto: PEARCE, J., *Violence, Power and Participation: Building Citizenship in Contexts of Chronic Violence*, IDS, 2007, y MARILENA ADAMS, T., «Chronic violence»: toward a new approach to 21st-century violence, Oslo, Noref, 2012.

Concretamente, la posguerra fría ha acentuado algo que ya era visible desde los años 70: la existencia de dos zonas diferenciadas, una de paz y otra de turbulencia. Una zona de paz, nítida, formada por unos 50 o 60 países, que no han tenido guerra alguna desde 1945 y que parece altamente improbable que la tengan a futuro (dejando de lado la zona fronteriza a Rusia, en particular Ucrania). La razón es simple: son países que presentan sistemas democráticos consolidados y fuerte vinculación económica entre ellos, tanto que probablemente si no recurren a la guerra a pesar de tener divergencias muy fuertes es porque incluso el vencedor saldría perdiendo dada la interpenetración existente. Pero también una zona de turbulencia o conflictividad violenta alta, la zona Sur, en la que suelen darse tres características, sin establecer necesariamente relación de causalidad: 1) sistemas democráticos dudosos, lo que algunos politólogos denominan «democracias inciertas» o «anocracias», es decir países con grandes carencias democráticas incluso en el sentido más formal de la palabra democracia; 2) economías enormemente frágiles; y 3) población con fuerte componente de fractura étnico-cultural. África, pese a la mejora, sigue estando, globalmente, en la zona de turbulencia. Podemos decir, pues, que la conflictividad armada de la posguerra fría se da, en pequeña escala, en el Norte y en el Sur (generalmente, Sur-Sur). A ello hay que añadir algunos conflictos donde el factor transnacional, muy ligado a la dimensión económica, resulta crucial, como sucede en el caso paradigmático de la República Democrática del Congo o en la República Centroafricana en la actualidad.

El resultado es la acentuación muy significativa de una tendencia que existía ya desde mediados de los años setenta en los conflictos armados, perceptible tanto en su ubicación geográfica y fronteriza como en el número de víctimas que causaban: descenso de los conflictos interestatales e incremento de los internos. La primera década de la posguerra fría agudizó dicha tendencia, hasta el punto de que entre un 90% y un 95% de los conflictos armados, según el registro que se use, son de tipo interno. Todo ello marcó la reflexión teórica y dio pie a que se acuñaran diversas denominaciones para el fenómeno, como, sin pretensión de exhaustividad: la época de las «guerras pequeñas» (Singer, Zartman, Bloomfield); las «guerras de tercer tipo o de guerrillas» (Rice); las «guerras no clausewitzianas o no trinitarias» (Kaldor, Holsti) o las «nuevas guerras», la expresión que más se ha usado y se usa.

Finalmente, otro rasgo está afectando fuertemente la seguridad y la naturaleza y ubicación de los conflictos armados y de la violencia directa: la creciente presencia de actores privados de seguridad, derivada de diversos fenómenos en curso. Entre ellos, la pérdida parcial del monopolio de los medios masivos de violencia por parte del Estado, a manos de actores privados, en buena medida ilícitos (grupos terroristas, narcotraficantes y grupos de delincuencia organizada, etcétera); el creciente re-

curso legal a actores privados de seguridad (empresas privadas, mercenarios); y, por último, la presencia en muchos conflictos armados de grupos armados no estatales.

Todo ello se puede resumir así diciendo que tan importante como la proliferación de conflictos armados internos, que desafían el principio de no injerencia que ha regido el orden internacional desde 1648, es, o incluso más, el cambio de la concepción de seguridad. En la posguerra fría la seguridad se entiende como un proceso multidimensional (con dimensiones ecológica, sociopolítica y económica, y no sólo militar), centrado en retos, peligros y amenazas de naturaleza muy diversas, que afectan no sólo a los estados sino, en particular, a comunidades, formas de vida y personas. A menudo la comunidad internacional y el mundo académico se refieren a ello empleando nociones como seguridad humana, responsabilidad de proteger y a conceptos que explican cómo, en determinadas, situaciones, amenazas o retos no directamente vinculados con la seguridad se acaban «securitizando».

Frente al contexto internacional de hace cien años, nos encontramos en una época caracterizada por conflictos complejos y donde las interpretaciones simplistas, maniqueas o en blanco y negro resultan imposibles. Tras 25 años de posguerra fría, los conflictos armados y las manifestaciones de la violencia han evolucionado mucho, de manera que actualmente son de naturaleza muy heterogénea, con tendencia en muchos casos y zonas a estar vinculados a diferentes causas, y que, además, no sólo afectan a Estados sino a personas. Ello presupone la necesidad de disponer de herramientas para analizar e intervenir en los conflictos; la necesidad de recurrir a soluciones negociadas; y, finalmente, la necesidad de contar con instrumentos de rehabilitación y reconstrucción tras el fin de la violencia. Y ello supone ocuparse de cómo se analizan los conflictos y cómo se interviene en ellos.

Todo ello acentúa tendencias que hace cien años eran inconcebibles, como el debilitamiento de la centralidad del Estado en las relaciones internacionales frente al papel de actores transnacionales, la aparición de síntomas claros de pérdida del papel de las potencias occidentales, la generalización de lo local, particular y no occidental, entre muchas otras.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Ciertamente, la Primera Guerra Mundial fue sin duda el suceso político singular más importante del sistema mundial moderno. Como ha mostrado Mueller,<sup>25</sup> transformó de forma fundamental la manera en que pensamos las guerras y

---

<sup>25</sup> MUELLER, J., *Retreat from Domsday: The obsolescence of major wars*, Nueva York, Basic Books, 1989.

creó una aversión hacia ellas que sigue presente, a causa de su persistencia, en nuestro pensamiento y en las reglas del sistema. Pese a los avances historiográficos, sigue siendo probablemente la guerra más compleja de entender y explicar y es, además, la que probablemente más impacto ha tenido en las Relaciones Internacionales e incluso en las áreas del Derecho internacional público que se ocupan de los conflictos armados. Sin la Primera Guerra Mundial no se entienden desarrollos y modelos como las carreras de armamento y los modelos de disuasión previos a la aparición de las armas nucleares. Ni tampoco, como he señalado al hablar de la tesis de Fischer sobre el impacto de la política alemana, se entendería el creciente interés por los temas de política interna para entender la política internacional.

Como dijo sagazmente John Vasquez al reseñar algunos de los libros que hemos comentado, las Relaciones Internacionales y la historiografía dedicada a la Primera Guerra Mundial han contribuido a abrir la «caja negra», pero aún falta mucho por entender.<sup>26</sup>

Quizás, cien años después de iniciar el empeño de conocer las causas de las guerras y las condiciones de la paz, con una reinversión de la agenda internacional por parte de la investigación para la paz a medio camino (que mostró ya el papel creciente de Escandinavia), quizás convenga, desde un racionalismo atemperado como el que epistemológicamente profeso (se puede conocer y se pueden juzgar las teorías, de forma plausible y provisional), convenga recordar la sabiduría ya muy antigua de Wilhem von Humboldt: tras las guerras hay siempre una combinación de fenómenos conectados, naturaleza de las cosas (factores materiales y desigualdades, elementos estructurales y contextuales), acción humana (explicable intencionalmente en clave política o territorial) y factores desencadenantes (causas inmediatas, necesarias y suficientes).

Por tanto, podemos concluir en que seguimos necesitando más y mejor investigación para entender la Primera Guerra Mundial y las relaciones internacionales, porque pese a lo que diga el texto fundacional de la Unesco, las guerras no empiezan sólo en las mentes de los seres humanos. Son, como todo producto de las relaciones sociales humanas, resultado de hechos y de ideas.

---

<sup>26</sup> VASQUEZ, J., «The First World War and International Relations Theory: A Review of Books on the 100th Anniversary», *International Studies Review*, 2014, vol. 16, pp. 623-644.